

Prólogo

Durante la primavera las familias de los suburbios de Nueva Orleans — Metarie, Jefferson, Lafayette— cuelgan guirnaldas en sus puertas delanteras: alegres guirnaldas de paja de color oro, púrpura y verde; guirnaldas con campanillas y tiras de cinta que cuelgan de ellas, y que son movidas por la cálida brisa enredándose unas con otras. Los niños disfrutan comiendo pasteles enormes. Cada rebanada de pastel está adornada con un recubrimiento distinto e igual de dulzón y pegajoso —las cerezas confitadas y el azúcar de distintos colores son los preferidos—, y el niño o la niña que encuentra un bebé de plástico rosado dentro de su porción de pastel gozará de un año de buena suerte. El bebé representa al Cristo recién nacido, y los niños casi nunca se atragantan con él. Jesús ama a los niñitos.

Los adultos compran máscaras de gato adornadas con lentejuelas para las mascaradas, y los esposos de otras mujeres atraen a las esposas de otros hombres hacia su pecho bajo el refugio del musgo español y el anonimato, seda caliente y lenguas que se lanzan a una búsqueda desesperada, la tierra húmeda y el blanco perfume fantasmal de las magnolias que se abren en la noche, y los farolillos de papeles multicolores del porche que brillan en la lejanía.

En el Barrio Francés el licor fluye como si fuese leche. Ristras de abalorios baratos cuelgan de los balcones de hierro forjado y adornan cuellos sudorosos. Después de que hayan pasado los desfiles, los abalorios quedan esparcidos por las calles y se convierten en la realeza de la basura que se amontona en las cunetas, colores abigarrados entre las colillas de los cigarrillos, las latas y las gafas de plástico marca *Hurricane*. El cielo es de color púrpura, el destello de una cerilla medio oculta que se enciende detrás de una mano curvada es de color oro; el licor es verde, de un verde muy intenso, hecho de

mil hierbas distintas, hecho de altares. Los que tienen la experiencia y la sabiduría suficientes para beber Chartreuse durante el carnaval son muy afortunados, porque la esencia destilada de la ciudad arde en sus estómagos. El Chartreuse brilla en la oscuridad, y si bebes una cantidad suficiente de él tus ojos se volverán de un verde fosforescente.

El bar de Christian estaba en la Rue de Chartres, lejos del centro del Barrio Francés yendo hacia la calle del Canal. Sólo eran las nueve y media. Nadie aparecía hasta las diez, ni siquiera en las noches del carnaval..., nadie salvo la chica del vestido de seda negra, la muchacha delgada y bajita de suave cabellera negra que caía formando un telón sobre sus ojos. Christian siempre sentía el deseo de apartársela de la cara, de sentir cómo se deslizaba entre sus dedos igual que hilillos de lluvia.

Aquella noche entró a las nueve y media, como de costumbre, y miró a su alrededor buscando a las amistades que nunca estaban allí. El viento entró detrás de ella soplando desde el Barrio Francés, y el aire de la noche onduló en cálidas oscilaciones bajando por la calle Chartres mientras se alejaba hacia el río oliendo a especias, ostras fritas, *whisky* y al polvo de huesos muy viejos robados y profanados. Cuando la joven vio a Christian inmóvil detrás de la barra, esbelto, blanco e inmaculado con su negra cabellera brillando sobre sus hombros, fue hacia allí y se encaramó de un salto a un taburete —tuvo que impulsarse hacia arriba con las manos—, y preguntó lo mismo que preguntaba casi todas las noches.

—¿Puedo tomar un destornillador?

—¿Cuántos años tienes, encanto? —le preguntó Christian, como le preguntaba casi todas las noches.

—Veinte.

Mentía por un mínimo de cuatro años, pero habló en un tono de voz tan bajo y tan dulce que Christian tuvo que escuchar aguzando el oído al máximo para enterarse de lo que decía. Los brazos que había apoyado sobre la barra eran delgados y estaban cubiertos por una fina pelusilla rubia, y los manchones de maquillaje oscuro eran como morados alrededor de sus ojos, y los mechones eran colitas de ratón, y sus pies diminutos con las uñas pintadas de color naranja calzados con sandalias sólo conseguían darle un aspecto todavía más infantil. Christian preparó el cóctel sin echar mucho alcohol y metió dos cerezas en el vaso. La joven pescó las cerezas con los dedos y se las comió una detrás de otra, chupándolas como si fuesen golosinas antes de empezar a tomar sorbos de su bebida.

Christian sabía que la chica venía a su bar porque las bebidas eran baratas y porque él se las servía sin hacerle preguntas molestas sobre el carné de identidad o el porqué una chica tan guapa quería beber a solas. Siempre se daba la vuelta con un leve sobresalto cada vez que se abría la puerta de la calle, y su mano volaba hasta su garganta.

—¿A quién estás esperando? —preguntó Christian la primera vez que entró en su bar.

—A los vampiros —replicó ella.

Siempre estaba sola, incluso la última noche del carnaval. El vestido de seda negra dejaba sus brazos y su cuello al descubierto. Antes fumaba Marlboro Light. Christian le había dicho que todo el mundo sabía que sólo las vírgenes fumaban eso, y la chica se sonrojó y a la noche siguiente apareció con un paquete de Camel. Le dijo que se llamaba Jessy, y Christian se limitó a sonreír ante la broma de los vampiros. No sabía hasta qué punto estaba enterada, pero siempre se comportaba con mucha educación y tenía una sonrisa dulce y tímida, y era una chispita de luz que brillaba en la grisura cenicienta de cada noche vacía.

Una cosa estaba clara, y era que él no iba a morderla.

Los vampiros llegaron a la ciudad un poco antes de la medianoche. Dejaron su camioneta negra en un sitio donde estaba prohibido aparcar, echaron mano a una botella de Chartreuse y bajaron con paso tambaleante por la calle Bourbon dando largos tragos de la botella por turnos, los brazos pasados sobre los hombros, los cabellos de uno rozando el rostro de otro. Los tres habían resaltado sus rasgos con manchas oscuras de maquillaje, y los dos más corpulentos se habían untado el pelo con brillantina formando una confusión de nudos y curvas. Sus bolsillos estaban repletos de golosinas que devoraban haciendo mucho ruido, y las ayudaban a bajar con tragos verdes de Chartreuse. Se llamaban Molochai, Twig y Zillah, y habrían deseado tener colmillos, pero tenían que conformarse con limar sus dientes hasta dejarlos lo más afilados posible, y podían caminar bajo la luz del sol aunque sus bisabuelos no hubiesen podido hacerlo. Pero preferían moverse de noche, y cuando empezaron a bajar dando tumbos por la calle Bourbon, los tres se pusieron a cantar. Molochai arrancó el envoltorio de un HoHo, metió todo lo que pudo de la golosina en su boca y siguió cantando, lo que provocó un diluvio de trocitos de chocolate sobre el rostro de Twig.

—Dame un poco —pidió Twig.

Molochai se sacó un poco de HoHo de la boca y se lo ofreció a Twig. Twig no pudo contener la risa. Cerró los labios con todas sus fuerzas y meneó la cabeza, pero acabó rindiéndose y lamió la pasta marrón de los dedos de Molochai.

—Perros repugnantes —dijo Zillah.

Zillah era el más hermoso de los tres. Tenía un rostro simétrico y andrógino de piel lisa y suave, y unos ojos relucientes tan verdes como la última gota de Chartreuse que quedan en el fondo de la botella. Lo único que delataba el sexo de Zillah eran sus manos. Eran grandes y fuertes, y las venas se abultaban bajo la delicada piel blanca. Llevaba las uñas muy largas y puntiagudas, y lucía la cabellera color caramelo recogida en la nuca con un pañuelo de seda púrpura. Unos cuantos mechones de la cola de caballo

habían escapado para enmarcar aquel rostro asombrosamente bello y la puñalada verde de sus ojos. Zillah era una cabeza y media más bajo que Molochai y Twig, pero su gélida seguridad en sí mismo y la forma en que avanzaba flanqueado por las siluetas más altas de sus compañeros indicaban a todo el que pudiese verles que Zillah era el líder absoluto del grupo.

Los rasgos de Molochai y Twig eran como dos esbozos del mismo rostro hechos por pintores distintos. Uno había usado ángulos y líneas rectas, y el otro había trabajado con curvas y círculos. Molochai tenía cara de bebé, con ojos grandes y redondos y una boca grande de labios siempre húmedos que le gustaba recubrir con carmín anaranjado; mientras que el rostro de Twig era anguloso y estaba lleno de astucia y vivacidad, y sus ojos se movían de un lado a otro siguiendo cada movimiento. Pero los dos tenían la misma talla y corpulencia, y lo habitual era que caminaran o se tambalearan moviéndose al unísono.

Sonrieron y mostraron los dientes a un chico muy alto con uniforme nazi completo que se había cruzado en su camino. Vistos desde cierta distancia los dientes limados de Molochai y Twig no llamaban la atención salvo por la película de chocolate que los cubría, pero la leve chispa de la sed de sangre que ardía en sus ojos hizo que el chico se apresurara a apartarse para buscar problemas en otro sitio, algún lugar donde los vampiros no quisieran ir.

Se abrieron paso por entre las multitudes vestidas con colores chillones hasta llegar a la acera, y recuperaron el equilibrio apoyándose en carteles que exclamaban: ¡LOS HOMBRES SE CONVERTIRÁN EN MUJERES ANTE SUS OJOS!, sobre fotos de rubias con pechos cansados y una sombra de barba en las mejillas. Se tambalearon dejando atrás exhibidores con hileras de postales y camisetas y los bares que invadían la acera y servían bebidas a los transeúntes. Los fuegos artificiales florecían sobre sus cabezas y teñían el cielo de púrpura con su humareda, y la atmósfera estaba saturada de humo, alientos que apestaban a licor y neblina llegada del río. Molochai dejó que su cabeza cayera sobre el hombro de Twig, alzó la mirada hacia el cielo y los fuegos artificiales le deslumbraron llenándole los ojos de luz.

Dejaron atrás las luces chillonas de la calle Bourbon, torcieron hacia la izquierda por la oscuridad de Conti y llegaron a Chartres. No tardaron en encontrar un bar diminuto con ventanas de cristales multicolores en cuyo interior brillaba una acogedora claridad. En el letrero colocado sobre la puerta se leía CHRISTIAN'S. Los vampiros entraron en el bar dando tropezones.

Eran los únicos clientes, salvo por una muchacha sentada en la barra, así que ocuparon una mesa, dejaron caer otra botella de Chartreuse sobre ella y bebieron hasta terminarla mientras hablaban en voz alta entre ellos; después miraron a Christian, rieron, se encogieron de hombros. La frente de Christian era enorme y muy pálida, y sus uñas eran tan largas y puntiagudas como las de Zillah.

—Quizá... —dijo Molochai.

—Pregúntaselo —dijo Twig.

Los dos miraron a Zillah buscando su aprobación. Zillah lanzó una rápida mirada a Christian y enarcó lánguidamente una ceja, y después alzó un hombro en un encogimiento casi imperceptible.

Nadie prestó ninguna atención a la chica de la barra, aunque no paraba de mirarles. Le brillaban los ojos, y sus labios humedecidos estaban ligeramente entreabiertos.

Cuando Christian les trajo la cuenta, Molochai hurgó en su bolsillo y acabó extrayendo una moneda. No la puso en la mano de Christian, sino que la alzó ante la luz para que Christian pudiera verla bien. Era un doblón de plata, del mismo tamaño y forma que los que eran arrojados desde las carrozas del desfile de carnaval junto con el montón de tesoros de otras baratijas —los abalorios, los juguetes multicolores, las golosinas—, pero este doblón era mucho más pesado y mucho, mucho más antiguo que aquellos. Christian no logró distinguir el año. La plata estaba llena de arañazos y señales, y había sido manchada por los dedos pringosos de Molochai; pero la imagen seguía estando muy clara. Christian contempló la cabeza de un hombre muy hermoso con unos labios enormes y sensuales, unos labios que habrían sido rojos como la sangre de no haber estado esculpidos en la fría pesadez de la plata, unos labios agujijoneados por colmillos largos y afilados. Debajo del rostro del hombre se curvaba la palabra BACO escrita en letras barrocas y llenas de florituras.

—¿Có... cómo habéis venido? —balbuceó Christian.

Molochai le sonrió con su sonrisa chocolateada.

—Venimos en son de paz —dijo.

Miró a Zillah, quien asintió. Molochai no apartó los ojos de Zillah mientras cogía la botella vacía verde y oro de Chartreuse, la rompía golpeándola contra el canto de la mesa y deslizaba un filo de cristal tan cortante como una navaja de afeitar sobre la suave piel de su muñeca derecha. El cristal abrió una delgadísima raja carmesí que resultaba casi obscena en la viveza de su color. Molochai ofreció su muñeca a Christian sin dejar de sonreír. Christian pegó los labios a la herida, cerró los ojos y chupó como un bebé saboreando el Jardín del Edén en las gotas de Chartreuse que se mezclaban con la sangre de Molochai.

Twig aguardó en silencio durante unos momentos. Sus ojos se habían oscurecido, y la expresión de su rostro se había vuelto distante, casi perpleja. Después cogió el brazo izquierdo de Molochai con las dos manos, y mordió la piel de la muñeca hasta que la sangre también empezó a fluir sobre ella.

Jessy lo estaba observando todo con los ojos muy abiertos y cara de incredulidad. Vio cómo la boca de Christian, su estirado y siempre digno amigo, era manchada de sangre y temblaba a causa de la pasión. Vio los dientes de Twig hundidos en la muñeca de Molochai, y vio cómo la carne era

desgarrada y la sangre fluía dentro de la boca de Twig. Contempló el rostro hermoso e impenetrable de Zillah mirándola, sus ojos brillando como joyas verdes incrustadas en una montura de piedra lunar, y eso fue lo que quedó más grabado en su memoria de todo cuanto vio aquella noche; y se le hizo un nudo en el estómago, y la saliva inundó su boca, y un mensaje secreto viajó desde el pliegue más suave que había entre sus piernas hasta el remolino más profundo de su cerebro... ¡Los vampiros! ¡Los VAMPIROS!

Jessy se puso en pie sin hacer ningún ruido, y la sed de sangre que tanto había anhelado conocer se adueñó de ella. Dio un salto, arrancó el brazo de Molochai de las manos de Twig e intentó pegar sus labios a la herida; pero Molochai se revolvió contra ella hecho una furia y la apartó dándole un bofetón salvaje en la cara, y Jessy sintió el dolor en su labio un momento antes de saborear la sangre que brotó de él y notar el gusto apagado y casi imperceptible de su propia sangre en su boca. Molochai, Twig e incluso el amable y bondadoso Christian estaban inmóviles y no apartaban la mirada de ella, rostros ensangrentados de ojos feroces, como perros sorprendidos cuando acaban de matar a su presa, como amantes interrumpidos.

Pero cuando Jessy retrocedió alejándose de ellos, dos brazos de piel muy caliente la rodearon desde detrás, y un par de manos grandes y fuertes la acariciaron a través del vestido de seda.

—Su sangre es pegajosa y dulzona, querida mía —susurró una voz—. Yo puedo darte algo mucho más agradable...

Nunca llegó a saber que Zillah se llamaba Zillah, y nunca supo cómo terminó sobre una manta en el cuarto trasero del bar de Christian. Sólo supo que la sangre que brotaba de su labio acabó manchando todo su rostro, que sus dedos y su lengua exploraron su cuerpo más a fondo y más concienzudamente de lo que jamás había sido explorado antes, que hubo un momento en el que pensó que él estaba dentro de ella y que ella estaba dentro de él al mismo tiempo, y que su semen olía como los altares, y que cuando empezó a quedarse dormida sintió el roce de su caballera flotando sobre sus ojos.

Fue una de las raras noches que Molochai, Twig y Zillah pasaron separados el uno del otro. Zillah durmió sobre la manta al lado de Jessy con las manos curvadas sobre sus pechos, dos cuerpos ocultos entre las cajas de *whisky*. Molochai durmió con Christian en su habitación encima del bar, y Twig se acurrucó junto a él, y aunque estaban dormidos, sus bocas siguieron moviéndose lenta y perezosamente sobre las muñecas de Molochai.

Y abajo, muy lejos de allí, la policía montada iba y venía por la calle Bourbon abriéndose paso través de la multitud sobre sus enormes caballos canturreando, «Despejen la calle, se anuncia el final oficial de los carnavales, despejen la calle, se anuncia el final oficial de los carnavales», y cada policía ya tenía su porra preparada para estamparla en el cráneo de un borracho. Y el sol salió sobre la basura amontonada en las cunetas de la mañana del miércoles, las colillas y las latas y los abalorios multicolores olvidados en el

suelo, y los vampiros durmieron con sus amantes porque preferían moverse de noche.

Molochai, Twig y Zillah se fueron de la ciudad la noche siguiente después de que se hubiera puesto el sol, y nunca llegaron a enterarse de que Jessy estaba embarazada. Ninguno de ellos había visto nacer a un niño de su raza, pero todos estaban enterados de que sus madres habían muerto durante el parto. No se habrían quedado para presenciarlo ni aunque lo hubiesen sabido.

Jessy desapareció durante casi un mes. Cuando volvió al bar de Christian fue para quedarse allí. Christian le dio los alimentos más nutritivos y suculentos que podía permitirse, y dejó que lavara copas y vasos cuando ella insistió en ganarse la manutención. A veces se acordaba de la sangre de Molochai esparcida alrededor de la boca de Christian y del semen perfumado de Zillah dentro de ella, y entonces Jessy se metía en la cama con Christian y se sentaba sobre él hasta que Christian accedía a hacerle el amor. No la mordía, y Jessy le golpeaba la cara con los puños hasta que Christian la abofeteaba y le decía que parase. Después Jessy empezaba a moverse encima de él sin hacer ningún ruido. Christian contempló cómo su estómago iba aumentando de tamaño durante los meses asfixiantes y viscosos del verano, y sus manos moldearon perezosamente la tensa piel de su vientre distendido y sus pechos hinchados.

Cuando le llegó el momento de dar a luz, Christian derramó *whisky* dentro de la garganta de Jessy como si fuese agua. No fue suficiente. Jessy gritó hasta que no pudo seguir gritando, y de sus ojos sólo quedó visible un poco de blanco con ribetes plateados, y chorros de sangre brotaron de su cuerpo. Cuando el bebé salió del interior de Jessy su cabeza giró y sus ojos se encontraron con los de Christian: confusos, inteligentes, inocentes... Una hilacha de tejido rosa oscuro había quedado atrapada en su boca diminuta, y se iba ablandando poco a poco entre las encías que no paraban de moverse.

Christian separó el bebé de Jessy del cuerpo de su madre, lo envolvió en una manta y lo alzó delante de la ventana. Si lo primero que veía en su vida era el Barrio Francés, siempre sabría orientarse por aquellas calles..., suponiendo que llegara a necesitar alguna vez ese conocimiento. Después se arrodilló entre las flácidas piernas de Jessy, y contempló el pobre pasaje desgarrado que le había proporcionado tantas noches de un placer al que no había prestado demasiada atención. Estaba destrozado y lleno de sangre.

Había tanta sangre, y se iba a desperdiciar...

Christian se lamió los labios, y volvió a lamérselos.

El bar de Christian estuvo cerrado durante diez noches. El coche de Christian, un Bel Air plateado que le había servido fielmente durante años, fue en dirección norte. Christian condujo por cualquier carretera que pareciese lo bastante anónima, a lo largo de cualquier autopista que estuviese seguro que no recordaría después.

El pequeño Nada era un bebé precioso, una criaturita que parecía hecha de algodón de azúcar. Tenía unos enormes ojos azul oscuro y una abundante cabellera entre dorada y castaña. Alguien le amaría, alguien humano que viviría lejos del sur, lejos del cálido aire de la noche y de las leyendas... Nada quizá conseguiría escapar al anhelo de la sangre. Quizá sería feliz, quizá estaría entero.

Hacia el amanecer una silueta alta y esbelta envuelta en gruesas prendas negras se inclinó en un suburbio de Maryland lleno de casas elegantes y hermosas, céspedes verde oscuro y coches de líneas gráciles que prometían velocidad, dejó un bulto en un umbral y se marchó caminando lentamente sin mirar hacia atrás. Christian estaba recordando la última noche del carnaval, y el sabor a sangre y a altares invadió su boca.

El bebé llamado Nada abrió los ojos y vio la oscuridad suave como el terciopelo agujereada por los alfilerazos de luz blanca. Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, y sus cejas se unieron en un fruncimiento de ceño. Tenía hambre. No podía ver la cestita dentro de la que reposaba, no podía leer la nota escrita con una caligrafía tan fina como los hilos de una telaraña sujeta a su manta con un alfiler: *Se llama Nada. Cuiden de él y les traerá suerte.* Nada estaba inmóvil en su cestita, tan cómodo y calentito como un bebé de caramelo y azúcar, tan rosado y diminuto como un Cristo recién nacido de plástico, y sólo sabía que deseaba calor, comida y luz, que es lo que desean todos los bebés. Abrió la boca hasta mostrar sus blandas encías rosadas y chilló. Chilló durante mucho tiempo y con todas sus fuerzas hasta que la puerta se abrió y unas manos suaves y calientes cogieron la cestita y la llevaron al interior de la casa.

Primera parte
Quince años después

1

El viento nocturno acariciaba el cabello de Steve, y la sensación resultaba maravillosa.

El Thunderbird era enorme. Conducirlo siempre te hacía pensar que estabas luchando con un jodido monstruo, pero aquella noche Steve tenía la sensación de estar pilotando un inmenso barco de vapor que bajaba por un río mágico, un río de asfalto iridiscente flanqueado por los pinares y las llanuras donde crecían desordenadamente los matorrales de kudzú. Estaban en algún lugar a bastante distancia de Missing Mile, en algún punto de la autopista que llevaba hasta la central eléctrica de Roxboro y, más allá, hasta la frontera que separaba Carolina del Norte de Virginia.

Fantasma estaba dormido a su lado con la cabeza asomando un poco por la ventanilla del asiento derecho. El viento agitaba su cabellera rubia, y la luz de la luna bañaba su rostro. La botella de *whisky* estaba atrapada entre las piernas de Fantasma, tres cuartos vacía, y corría peligro de caerse a pesar de la flácida mano que se curvaba a su alrededor.

Steve se inclinó sobre Fantasma, cogió la botella y tomó un buen trago de ella.

—El T-bird ha estado bebiendo —le cantó al viento—, sí, el T-bird ha estado bebiendo..., pero yo no.

—Ah... —dijo Fantasma—. ¿Qué? ¿Qué?

—Olvídalo —dijo Steve—. Vuelve a dormirte. Toma otro trago.

Aceleró un poco. Despertaría a Fantasma durante el trayecto de vuelta a casa para que le hiciese compañía. Ahora quería que Fantasma siguiera durmiendo durante un rato. Tenía cosas que hacer y podían resultar peligrosas, o por lo menos a Steve le gustaba pensar que podían llegar a serlo.

Fantasma cogió la botella y contempló la etiqueta intentando enfocarla con la mirada. Sus ojos azul claro se movieron de un lado a otro. Después entrecerró los párpados y sus pupilas recobraron un poco de viveza.

—White Horse —dijo—. Mira, Steve, es *whisky* White Horse... ¿Sabes que la noche en que murió Dylan Thomas estuvo bebiendo en un *pub* que se llamaba igual?

—Ya me lo habías dicho. Por eso compramos la botella.

Steve cruzó los dedos y concentró toda su voluntad en la idea de dormir a Fantasma.

—Se tomó dieciocho *whiskys* uno detrás de otro —dijo Fantasma en un tono de respeto impresionado.

—Tú te has tomado dieciocho *whiskys*.

—No me extraña que mi cerebro esté navegando con la luna... Cántame, Steve. Cántame algo para que me duerma.

En ese momento pasaron por un puente que pareció inclinarse bajo el peso del viejo T-bird marrón, y Steve vio la luz de la luna cabrilleando sobre la negrura de las aguas, y alzó la voz para cantar la primera canción que le vino a la cabeza.

—Luna plateada del sur... durante diez años pensé que era hijo tuyo... Luna plateada, algún día volveré...

—No es así. Eh, lo sé porque yo la escribí... —la voz de Fantasma se iba debilitando poco a poco—. Oh, luna plateada del sur..., cuéntame tus dulces mentiras, y deja que me ahogue en tus ojos...

—Algún díiiiiiiiia —canturreó Steve.

Él y el *whisky* cantaron para que Fantasma volviera a dormirse, el *whisky* con su soñolienta canción ambarina, Steve con una voz que se quebraba cada vez que intentaba llegar hasta las notas más altas. El río desfilaba en silencio detrás de ellos. Las ramas más bajas rozaban el agua, y las hojas se pudrían en el barro de las orillas. La luna se desparramaba sobre la negrura del río como si fuese mantequilla, y Fantasma cerró los ojos. La protuberancia que había entre los asientos le sirvió de almohada, y Fantasma empezó a soñar con la cabeza apoyada en ella.

Pasaron a cierta distancia de Roxboro, pero Steve pudo ver la central eléctrica que se alzaba junto al lago Hyco, un edificio enorme que brillaba con blancos y verdes resplandecientes como si fuese un extraño pastel de cumpleaños, sus millones de cañerías, cables, aisladores de cristal y cachivaches metálicos reflejándose en el lago. Durante el trayecto de vuelta y si Fantasma estaba despierto, irían hasta una colina cercana en la que Steve ya había estado otras veces y contemplarían los pastos, el lago y toda la extensión luminosa de la Vía Láctea. Lo normal era que Fantasma sólo necesitara una hora de sueño para poder volver a funcionar con el entusiasmo de siempre. Sus sueños le daban nuevas fuerzas. O le hacían llorar o reír, o a veces le hacían cagarse de miedo.

Steve puso una mano sobre la cabeza de Fantasma y la movió hacia atrás apartando mechones de pelo de los ojos que se movían velozmente bajo los párpados cerrados. Se preguntó qué se estaría desplegando debajo de su mano, debajo de la delgadez del hueso, dentro del orbe de marfil que protegía el extraño cerebro de Fantasma. ¿Quién había nacido, resucitado y sido asesinado en el interior de aquel cráneo? ¿Qué caminaba detrás de los párpados de Fantasma, qué esbeltos y ágiles espectros secretos daban palmaditas sobre el hombro de Fantasma y hacían nacer gemidos guturales en lo más profundo de su garganta?

Fantasma solía soñar cosas que acababan ocurriendo, o cosas que ya habían ocurrido sobre las que era imposible que supiese algo. Esas premoniciones también podían llegar cuando estaba despierto, pero las que acudían a él en sueños parecían ser las más potentes, y normalmente también eran las más crípticas. Fantasma supo cuándo moriría su abuela, pero ella también lo había sabido. El conocimiento tenía que haber resultado muy doloroso para los dos, pero les había proporcionado el tiempo que necesitaban para despedirse.

Para despedirse durante un tiempo, por lo menos... Fantasma había heredado la casa de su abuela en Missing Mile, donde él y Steve vivían ahora. Durante su infancia Steve había pasado mucho tiempo en esa casa viendo cómo la señora Deliverance mezclaba hierbas o recortaba las galletas con sus tijeras en forma de corazón. Había construido fuertes en el patio trasero, y se había quedado a dormir muchas noches en la habitación de Fantasma. Incluso ahora, cuando ya habían pasado cinco años de su muerte, había momentos en los que Steve creía sentir la presencia familiar de la señora Deliverance en una habitación, o al otro lado de la esquina. Steve suponía que a Fantasma aquello debía parecerle de lo más normal.

La idea de que podía llegar a rozar los sueños de Fantasma hizo que se sintiera repentinamente nervioso, Steve volvió a poner la mano sobre el volante.

Dejaron atrás un cementerio lleno de monumentos y flores que se pudrían poco a poco, una estación ferroviaria abandonada, un cobertizo de barbacoas cuyo letrero anunciaba: GRAN APERTURA TODAS LAS NOCHES VIE Y SÁB. Un conejo cruzó el asfalto como una flecha. Steve frenó, y la cabeza de Fantasma osciló hacia atrás y hacia delante sobre su delgado cuello..., tan frágil, tan frágil. Últimamente Steve sentía una preocupación casi paranoica ante la posibilidad de que le ocurriera algo a Fantasma. Fantasma era un poco raro, desde luego, pero sabía cuidar de sí mismo. Aun así, Steve no podía evitar el estar continuamente pendiente de él, sobre todo ahora que Fantasma era la única persona con la que le apetecía pasar el tiempo.

Tenían otros amigos, por supuesto, pero eran tipos que sólo querían ir de copas, fumar hierba y hablar de qué tal le iba al Wolfpack en la liga de fútbol americano de la universidad estatal de Raleigh. Todo eso estaba muy bien —

incluso lo del Wolfpack, al que casi siempre le iba fatal—, pero Fantasma era distinto. A Fantasma le importaba un carajo el fútbol americano, Fantasma era capaz de beber y beber hasta dejar tumbado debajo de la mesa a cualquiera sin volverse ni un pelo más extraño por eso, y Fantasma comprendía toda la mierda que había caído del cielo durante los últimos meses. Ah, la muralla de mierda que se había interpuesto entre Steve y Ann... Fantasma nunca había preguntado a Steve por qué no se olvidaba de Ann y se buscaba una nueva novia; Fantasma comprendía el porqué Steve no quería ver a Ann ni a ninguna otra chica y por qué se había mantenido alejado de las mujeres durante meses, y por qué a veces pensaba que quizá se mantendría alejado de ellas para siempre.

Por lo menos hasta que pudiera volver a confiar en sí mismo... En aquellos momentos Steve no merecía la compañía de una mujer. No importaba lo solitario o lo cachondo que pudiera llegar a sentirse, se lo tenía bien merecido por lo que le había hecho a Ann.

Steve jugueteó con los mechones de cabello de Fantasma mientras seguía conduciendo. Los enredó alrededor de sus dedos y se maravilló ante lo finos que eran y el brillo entre plateado y dorado que los envolvía. Deslizó la mano por su áspera cabellera sólo para sentir la diferencia. Steve tenía el cabello del mismo color que el ala de un cuervo, y su cabellera se alzaba en todas direcciones formando una salvaje confusión de flequillos y puntas. Tenía el cabello sucio, y se dio cuenta de que el de Fantasma también estaba muy sucio... Steve no había estado cuidando de sí mismo —había pasado días y días sin ducharse y más de un mes sin lavarse la ropa; la semana pasada había llegado tres veces tarde a su trabajo en la tienda de discos; liquidaba doce latas de Bud al día—, pero esperaba no estárselo contagiando a Fantasma. Se preguntó si se podía llegar a padecer de exceso de empatía. La mano se le había quedado un poco grasienta, y Steve se la limpió en la camiseta.

Habían llegado. Steve no tenía ni idea de dónde estaban, pero vio lo que andaba buscando. La débil luz de una vieja máquina de Pepsi-Cola colocada en el porche de una tienda de artículos de caza y pesca proyectaba vagas sombras azules y rojas sobre la tierra apisonada del aparcamiento. Steve metió el T-bird dentro y apagó el motor. La cabeza de Fantasma había ido resbalando hasta quedar apoyada en la rodilla de Steve, y Steve se echó lentamente a un lado hasta liberarla. Se miró la rodillera del tejano y vio una manchita oscura. La saliva de Fantasma, la saliva que había escapado de la boca de Fantasma mientras dormía la borrachera... Steve frotó la tela con un dedo y se lo llevó distraídamente a la boca. Un sabor casi imperceptible a *whisky* y melaza..., ¿y qué demonios estaba haciendo, por qué se chupaba un dedo mojado por la saliva de otro? No importaba. Fantasma estaba perdido en sus sueños. Hora de trabajar.

Steve se volvió hacia el asiento trasero. Había montones de estuches de *cassette* —ah, así que ahí era donde había ido a parar la maldita cinta de los

Cocteau Twins de Ann. Bueno, de todas maneras Steve siempre había odiado esa cinta, la voz femenina suave como el roce de una pluma que se suponía era tan angelical, y la muralla etérea de sonido con su nostalgia del mar—, bolsas de comida vacías y un auténtico océano de latas de cerveza. Steve hurgó en la confusión y acabó extrayendo de ella su herramienta especial, un trozo de percha de alambre doblado hasta formar un gancho en un extremo. Steve se preguntó si debía acercarse al T-bird hasta que tapara la máquina de Pepsi-Cola. Acabó decidiendo que sería mejor no hacerlo. «Si alguien pasa por aquí a estas horas de la noche, probablemente tendrá tanto que ocultar como yo», pensó.

Echó un último vistazo al fantasma, se arrodilló, metió el alambre en la ranura de devolución de monedas de la máquina y lo fue moviendo hasta que oyó un chasquido. Tiró con mucha delicadeza, y unos segundos después fue bendecido con un diluvio de plata. Steve recogió las monedas de cinco, diez y veinticinco centavos que habían caído al suelo, se las metió en los bolsillos, volvió corriendo al coche y se largó del aparcamiento.

Cincuenta kilómetros recorridos a toda velocidad después, Steve sintonizó la radio en una emisora de *rock* mientras Fantasma intentaba decidir si volvía al mundo de los vivos.

—¿Aún estamos en Carolina del Norte?

—Ajá.

Steve bajó el volumen de la canción de Led Zeppelin y esperó a que llegaran las historias. Fantasma siempre le contaba sus sueños, y los sueños a veces eran coherentes, a veces hermosos y totalmente ilógicos, y casi siempre daban un poco de miedo. Fantasma se irguió y se desprecizó tensando los músculos para eliminar la rigidez del sueño. Steve tuvo un fugaz atisbo de su estómago cuando la camiseta de Fantasma se separó de sus tejanos blanqueados con lejía. Piel pálida, unos cuantos mechones de rubio vello rizado. Fantasma clavó la mirada en la ventanilla durante unos cuantos kilómetros. Tenía el ceño fruncido, y una expresión entre distante y perpleja. Eso quería decir que estaba recordando. Steve aguardó en silencio hasta que Fantasma empezó a hablar con voz vacilante y entrecortada.

—Cuando eran jóvenes..., entonces el mundo estaba enamorado de ellos. La opinión del mundo lo significaba todo para ellos a pesar de que intentaban fingir que no les importaba en lo más mínimo. Cuando saltaban y hacían piruetas en las calles después de medianoche, su pueblo se volvía todavía más gris y embarrado, y los tejados se inclinaban para besar sus cabelleras teñidas. Vagabundeaban por las tiendas rozando los cristales y la porcelana con las delicadas yemas de sus dedos, acariciando cualquier cosa dulce o de colores vivos, sujetando cautelosamente los objetos entre el pulgar y el índice como si coger el pueblo con las dos manos hubiera podido ensuciar su piel. Como si hubiera podido manchar su piel... —Fantasma hizo rodar la palabra «manchar» a lo largo de su lengua paladeándola como si fuese vino de bayas,

y su fuerte acento de Carolina hizo que la palabra adquiriese un sabor oscuro y succulento—. Manchar su piel... Los matones de su escuela les gritaban insultos, insultos oscuros y sucios que apestaban a garabatos en las paredes del retrete y tazas mugrientas; pero esos chicos nunca se peleaban con ellos porque sabían que los gemelos tenían magia. Todo el mundo sabía que algún día se irían a la ciudad, donde podrían recoger abalorios multicolores de entre las colillas de cigarrillos amontonadas en la cuneta, donde la luz de la luna sería tan dolorosamente penetrante como un queso de neón ardiendo en un cielo de terciopelo azul... Y eso hicieron. Se fueron a Nueva Orleans.

Fantasma se calló, y sus ojos se movieron recorriendo la vía de tren que estaban cruzando. Lucecitas de colores brillaban muy a lo lejos parpadeando sobre los raíles, luces de las hadas, luces de Navidad aunque sólo estaban a mediados de septiembre.

Steve cerró los ojos, se acordó de que estaba conduciendo y volvió a abrirlos.

—Sigue —dijo—. ¿Qué les ocurrió en la ciudad?

—Los artistas se los disputaron para sus películas. Eran gemelos, y la gente sofisticada adoraba esa perversidad. Su pornografía de la variedad imagen-en-un-espejo era arte. Eran dos David de Donatello, flacos y hermosos, no robustos y pesados como el de Miguel Ángel..., criaturitas andróginas que se resaltaban los huesos el uno al otro con lápiz de labios. Permitieron que disfrutaran todos los tipos de arte, lujuria y perversión que conocía la ciudad, y se lo permitieron porque sus labios eran demasiado rojos, porque tenían ojos de ramera y poesía en las manos.

»Acabaron hastiados de todo, pero cuando estaban acostados sobre su colchón seguían siendo insaciables. Vivieron y vivieron, y vieron cómo iban apareciendo las primeras arrugas alrededor de sus ojos. Vieron cómo los años de licor, cigarrillos caros, drogas y pasiones se iban dibujando a sí mismos sobre sus rostros de estrellas del cine. Contemplaron los espejos tal y como habrían contemplado la película de su muerte rodada en mercurio, y se abrazaron el uno al otro sintiendo el calor helado de la fascinación y el horror. Se mordieron la garganta el uno al otro por pura desesperación, pensando que la sangre les permitiría recuperar la belleza. Querían beber el pulso de la vida. Pero su sangre se había vuelto granulosa y había perdido el viejo espesor, y se había mezclado con otras sustancias..., ya no era el rico manantial púrpura que habían saboreado en el pasado. Cada vez salían menos, y pasaban días enteros acostados sobre el colchón como dos palos resacos colocados el uno al lado del otro. Se olvidaban de que debían comer, y contemplaban cómo la telaraña de grietas del techo de escayola se iba haciendo más grande y profunda y se extendía poco a poco igual que se iba extendiendo el trazado de las arrugas sobre sus rostros. Y...

El alarido estúpido de una sirena hendió la noche. La voz de Fantasma se fue desvaneciendo poco a poco. Una luz azul palpitó en el espejo retrovisor

empalideciendo el rostro de Fantasma, y el montón de latas de cerveza pareció girar y bailar con sus reflejos.

—Mierda —dijo Steve.

Intentó decidir si debía detenerse. Su mente parecía girar con el movimiento incesante de la luz azul. ¡La tienda y la máquina de Pepsi-Cola habían quedado unos ochenta jodidos kilómetros atrás! Nadie le había visto forzar la máquina..., nadie. ¿Iría a la cárcel? ¿Y Fantasma? ¿Iría también a la cárcel como cómplice en un crimen del que no se había enterado porque estaba durmiendo? Fantasma mentiría, diría que él lo había planeado todo e intentaría que Steve no cargara con todas las culpas. Fantasma sólo tenía veintidós años, y Steve era un año mayor que él. Tenían toda la vida por delante y una botella de *whisky* abierta en las manos... ¡Mierda, mierda, mierda! La mente de Steve funcionaba a toda velocidad, y la radio cada vez chillaba más, y la sirena desgarraba la noche, y Steve podía oír a Jimmy Page gimoteando acompañado por su guitarra, y después oyó la voz de Fantasma.

—Para, Steve —decía, y no parecía estar asustado—. ¡Para de una vez, so capullo!

Steve hizo girar el volante hacia la derecha, pisó el pedal del freno con todas sus fuerzas y el coche patinó sobre la oscura superficie de la carretera y la velocidad se fue reduciendo..., reduciendo., hasta que el coche se detuvo con una última rociada de gravilla lanzada por los neumáticos después de haber dejado un trazo de goma negra detrás. Pero estaban enteros, y el coche también estaba entero, y lo mejor de todo y lo más maravilloso era que el coche patrulla estaba pasando a su lado, alejándose con la sirena aullando y la luz girando sobre él como un frío derviche azul.

—Cristo bendito —dijo Steve.

Dejó que sus manos cayeran del volante, y su cabeza se fue inclinando hacia atrás hasta chocar con el respaldo del asiento. Fue consciente de que Fantasma alargaba el brazo para apagar el motor, y de que ponía una mano sobre el hombro de Steve y se acercaba un poco más a él. Nada de preguntas («¿A qué viene tanta paranoia policial esta noche, Steve, es sólo un par de porros o es que has vuelto a hacer cosas feas con una máquina de Pepsi-Cola, o es que has escondido el cadáver violado y descuartizado de tu ex chica en el maletero?»), nada de acusaciones («¡Podríamos haber MUERTO!»), sólo el delicado consuelo sin palabras de la mano de Fantasma sobre su nuca y los pensamientos de Fantasma dentro de su cabeza.

Steve aceptó aquel consuelo con anhelante gratitud durante unos momentos. Después se acordó de quién era («¡Steve Finn no necesita nada de nadie! ¡De nadie en absoluto! O, por lo menos, no necesita gran cosa, no, le basta con muy poco...»), se irguió y se removió apartando la mano de Fantasma. Fantasma se echó a un lado. Comprendía a la perfección lo que pasaba por la cabeza de Steve..., sí, lo comprendía demasiado bien, y eso era lo que más le cabreaba.

Steve sintió un repentino deseo de herirle y hacerle daño. Quería detener las oleadas de simpatía complaciente que brotaban del asiento derecho, pero se sentía incapaz de encontrar las palabras que herirían a Fantasma, y aun suponiendo que hubiese logrado encontrarlas, no habría podido llegar a utilizarlas.

—No me llames capullo —dijo al fin, porque era lo único que se le había ocurrido después de mucho pensarlo.

—De acuerdo —dijo Fantasma en voz tan baja que Steve apenas pudo oírle.

Delante de ellos había una confusa agitación de luces y movimientos. Luces rojas, luces azules, alguien de pie en el centro de la carretera moviendo una banderita para indicar al T-bird que se detuviera. Steve detuvo el coche, y el tipo de la banderita volvió a moverla indicándole que avanzara. «Espacio», ordenó la banderita. Una ambulancia, dos coches de policía, un agente hablando con una mujer de aspecto campesino que parecía muy cansada. La mujer llevaba puesto un albornoz desgarrado y tenía la cabeza llena de rulos, y sus manos sujetaban el collar de un doberman. El perro gruñó al policía, e intentó lanzarse sobre el T-bird cuando el coche pasó a su lado moviéndose a diez kilómetros por hora. Steve vio un rancho de ladrillos que se alzaba muy cerca de la carretera, su patio lleno de matojos, juguetes rotos y piezas de coche; la familia de la mujer estaba en el porche, un hombre conteniendo a cuatro niños pequeños, al parecer diciéndoles que no mirasen. El hombre tenía el rostro enrojecido, y era bajito y tan flaco como el cuello de una gallina. Los niños estiraban el cuello, señalaban con las manos y se morían de curiosidad.

Había algo más en el patio, muy cerca de la carretera, algo que había puesto muy nervioso al perro, algo que los niños estaban intentando ver. Algo desnudo, reseco, marchito..., un chico. Pero ¿qué podía haber dejado su cuerpo en ese estado, qué podía haberle chupado la vida hasta convertirlo en un cascarón arrugado? Steve vio una mochila caída a su lado de la que se había desparamado la vida del chico. Ropa, dos robots de juguete. ¿Transformers? Sí, Steve los había visto en los anuncios de la televisión el sábado por la mañana. El chico debía haberse escapado de su casa. Partículas de gravilla se habían incrustado en la suave piel de su cara; su cabeza se inclinaba hacia atrás, medio cercenada, y la caverna de su garganta relucía con un oscuro resplandor rojizo..., pero había tan poca sangre, y los tejidos del interior parecían resecos y apergaminados. Alguien había colocado una manta gris sobre los planos y ángulos del cuerpo. Una delgada manita marrón, a la que se había pegado un poco de suciedad de la cuneta, asomaba por debajo de la manta.

Steve bajó el cristal de la ventanilla y enseñó su licencia de conducir a uno de los policías, y mientras tanto Fantasma volvió la cabeza y clavó la mirada en la manta y en el cuerpo que había debajo de ella. Sus pupilas se desenfocaron, y los ojos se fueron cerrando poco a poco. Fantasma vio a través de la manta

y a través de la muerte. Vio qué aspecto había tenido el chico cuando estaba vivo, cuando sus jóvenes ojos estaban llenos de curiosidad y de inteligencia. El nombre surgió en su mente tan claramente como un recuerdo: Robert. Sintió la furia que había impulsado a Robert a salir por la ventana de su cuarto, a huir de la casa y de los padres que utilizaban a su hijo como receptáculo para su amor excesivamente protector. Había algo que no le habían permitido hacer..., ir a un partido de béisbol o pasar la noche en casa de un amigo. Fantasma casi consiguió atrapar el conocimiento, pero se le escurrió entre los dedos. No importaba. Lo importante era que el chico no tenía por qué haber muerto. Fantasma sintió el miedo que había experimentado Robert al encontrarse solo bajo aquellos árboles inmensos y el cielo ilimitado de la medianoche, el gigantesco rostro impassible del cielo tachonado de luces. Supo que el chico había estado a punto de dar la vuelta, que había faltado muy poco para que se salvase..., pero el orgullo herido de la adolescencia no se lo había permitido.

Fantasma sintió cómo había ido aumentando el terror de Robert a medida que captaba los sonidos —suspiros insidiosos, risitas suaves—, los sonidos que no pertenecían a la noche y a sus fantasmas habituales, sino a algo más oscuro y extraño, más decidido y mucho, mucho más mortífero y después sintió el contacto de las manos que habían agarrado a Robert por detrás, cuatro manos muy fuertes de dedos afilados, y las bocas hambrientas que se habían paseado por todo su cuerpo y que le habían chupado la fuerza y la vida. Al final sólo hubo el dolor que subía y subía en una espiral interminable y que se iba estirando hasta convertirse en un hilo imposiblemente delgado, un dolor exquisito, un dolor que borraba el pensamiento, la memoria y la identidad. Conocer un dolor semejante era perder tu yo, convertirse en el dolor, morir y ser arrastrado flotando sobre la marea del dolor mientras escuchabas su canción estridente, el aullido sin melodía que se adueñaba de tus oídos. Eso era lo que le había ocurrido a Robert.

Fantasma permaneció totalmente inmóvil, y conoció la soledad insensata de un cadáver caído junto a la carretera que se va enfriando poco a poco, el sabor de la sangre que se va disipando de la lengua, los ojos que se van velando, la imposibilidad absoluta y eterna de que vuelva a haber un contacto humano o de que alguien vuelva a consolarte. Fantasma intentó tragar saliva, pero su garganta se negaba a funcionar, y acabó emitiendo una especie de jadeo ahogado, y de repente la manaza de Steve estuvo sobre la suya y le apretó los dedos, rodeándolos y volviendo a insuflar la vida en ellos.

—Olvídalo, Fantasma —dijo Steve—. No puedes cargar con todo el dolor del mundo. Venga, tío, olvídalo...

Fantasma se estremeció y empezó a volver poco a poco al interior de su cuerpo. Calor, la sangre allí donde tenía que estar, en sus venas, y el fluir seguro y cuerdo dentro de ellas. La ambulancia, los coches de la policía, la

cosa reseca, muerta y solitaria debajo de la manta..., todo había quedado muy lejos, todo estaba detrás de ellos.

—¿Qué le ocurrió a esos gemelos? —preguntó Steve mientras se alejaban—. Me refiero a los de tu sueño...

Fantasma se concentró y recordó, y descubrió de repente que no quería volver a pensar en esos gemelos.

Pero Steve quería oír el resto de la historia. Fantasma esperaba que no fuese más que una historia, que fuera sólo un sueño. Al principio nunca podía estar seguro de ello.

—Se fueron debilitando poco a poco —dijo—. Al final tuvieron que vivir días alternos. Uno de ellos cuidaba del otro y vigilaba el pecho inmóvil, los ojos nublados, la boca reseca... Cuando llegaba la primera luz del amanecer el gemelo muerto empezaba a moverse, y el gemelo vivo se acostaba y se estiraba sobre el colchón, y su piel ya había empezado a agrietarse sobre los huesos, y su cabello se esparcía como hierba sobre la desnudez de sus hombros huecos. Un día... Un día... Un día los dos tenían los ojos abiertos, pero ninguno se movió.

Fantasma acabó de hablar en un chorro de palabras atropellado que olía a *whisky*, aire rancio y a la fetidez del miedo, y sintió que estaba a punto de perder el control de nuevo. Steve le cogió la mano. Los dedos de Fantasma temblaban espasmódicamente.

—Jesús, Fantasma —dijo Steve—. Jeesús, Fantasma...